

Islam y Occidente

EDUARDO DEL RÍO

SUMARIO

1. Introducción
2. El Conflicto de Civilizaciones
3. Matizaciones a la Teoría de Huntington
4. El Fundamentalismo Islámico
5. Argelia
6. Zonas Conflictivas
7. Consecuencias Externas
8. La Democratización del Islam
9. La Apertura de Occidente

1. INTRODUCCIÓN

En Irán, las aldeas del sur del Líbano, las chabolas de Egipto, el Parlamento de Jordania, las calles de Argel, los bazares de Túnez, las mezquitas de Jerusalén, los zocos de Asia Central y hasta sectores del barrio de Bayswater (Londres), o en el corazón de París, la movilización musulmana no es una novedad, como tampoco lo es la veloz transformación del Sudán en un nuevo bastión del Corán.

Pero en los últimos años el movimiento ha adquirido, especialmente a los ojos de Occidente, un aspecto temerario que eclipsa los rasgos esenciales de un deseo popular de eliminar el yugo del colonialismo para proponer un cambio que le dé sentido a palabras como justicia, dignidad y ecuanimidad. El legado del histórico conflicto de Occidente y el Islam y el fanatismo religioso actual, sin embargo, se han encargado de deformar el movimiento islámico hasta transformarlo en una especie de sinónimo de «terrorismo».

El temor occidental es auténtico y ha sido ciertamente consolidado por las actuaciones de musulmanes radicales, que han demostrado eficiencia mortal haciendo volar la embajada israelí en Buenos Aires o golpeando el corazón mismo del

capitalismo detonando un bomba en el World Trade Center de Nueva York.

¿Pueden esos grupos capturar todo el poder del mundo musulmán? ¿es acaso la marcha del islam un movimiento ascendente que pone en peligro «orden» producto del fin de la guerra fría? ¿hasta qué punto es posible predecir el efecto de un triunfo del frente islámico de salvación (FIS) en Argelia? ¿verá el mundo a finales de este siglo el inexorable avance del islam por medios violentos?

2. EL CONFLICTO DE CIVILIZACIONES

Fue el profesor Huntington, director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard, el que construyó el armazón intelectual que racionaliza el miedo a una confrontación entre islam y occidente. En un extenso ensayo titulado «El Conflicto de Civilizaciones», publicado a finales del año 1993 en la revista *Foreign Affairs*, expuso brillantemente que el conflicto cultural sustituirá a la lucha ideológica en el futuro inmediato.

Las grandes divisiones de la Humanidad y la fuente predominante de conflictos serán culturales. Las naciones estados seguirán siendo los protagonistas más destacados de los asuntos mundiales, pero los conflictos principales de la política mundial se producirán entre naciones y grupos de civilizaciones diferentes. El choque de civilizaciones dominará la política mundial. Las líneas de separación entre civilizaciones serán las líneas de batalla del futuro.

Para Huntington el conflicto entre civilizaciones será la última fase de la evolución de los conflictos en el mundo moderno. Durante siglo y medio después de haber comenzado el sistema internacional moderno con la paz de Westfalia, los conflictos del mundo occidental fueron en gran parte entre príncipes, emperadores, monarcas absolutos y monarcas constitucionales, que

intentaban dilatar sus burocracias, sus ejércitos, su fortaleza económica mercantilista y, sobre todo, el territorio que gobernaban. En este proceso crearon naciones-estados y a partir de la Revolución Francesa las principales líneas de conflicto fueron entre naciones en vez de entre príncipes. En 1793, según lo expresó R. Palmer, «las guerras de los reyes habían terminado; comenzaban las guerras de los pueblos». Esta pauta del siglo duró hasta el final de la primera guerra mundial. Luego, como consecuencia de la revolución rusa y de la reacción contra ella, el conflicto entre naciones cedió ante el conflicto entre ideologías, primero entre el comunismo, el fascismo-nazismo y la democracia liberal; luego, entre el comunismo y la democracia liberal. Durante la guerra fría, este último conflicto quedó incorporado a la lucha entre dos superpotencias, ninguna de las cuales era una nación estado en el sentido europeo clásico, y cada una de ellas definía su identidad en función de su ideología.

Estos conflictos entre príncipes, naciones-estados e ideologías fueron primordialmente conflictos dentro de la civilización occidental, «guerras civiles occidentales» como las ha llamado William Lind. Ello fue tan cierto respecto a la guerra fría como lo fue respecto a las guerras mundiales y las guerras anteriores de los siglos XVII, XVIII y XIX. Con el final de la guerra fría, la política internacional se desplaza de su fase occidental y su pieza central pasa a ser la interacción de Occidente con civilizaciones no occidentales y de civilizaciones no occidentales entre sí. En la política de las civilizaciones, los pueblos y los gobiernos de las civilizaciones no occidentales ya no siguen siendo objetos de la historia como blanco del colonialismo occidental, sino que se unen a occidente como impulsores y conformadores de la historia.

Durante la guerra fría, el mundo se dividió en primero, segundo y tercer mundo. Esas divisiones ya no son adecuadas. Tiene hoy mucho más sentido

agrupar los países no en función de sus sistemas políticos o económicos o en función de su nivel de desarrollo económico sino más bien en función de su cultura y civilización.

¿Qué queremos decir cuando hablamos de una civilización?. Una civilización es una entidad cultural. Los pueblos, las regiones, los grupos étnicos, las nacionalidades, los grupos religiosos, todos ellos tienen culturas distintas a diferentes niveles de heterogeneidad cultural. La cultura de un pueblo de Italia Meridional puede ser diferente de la de un pueblo de Italia Septentrional, pero ambos participan de una cultura italiana común que los distingue de los pueblos alemanes. Las comunidades europeas, a su vez, participan de unas características culturales que las distinguen de las comunidades árabes o chinas. Árabes, chinos y occidentales no son sin embargo parte de una entidad cultural más amplia. Constituyen civilizaciones. Una civilización, pues, es el agrupamiento cultural humano más elevado y el más amplio nivel de identidad cultural que poseen las personas excepto el que distingue a los seres humanos de otras especies.

Se define mediante elementos objetivos comunes, tales como lenguaje, historia, religión, costumbres e instituciones, y por la propia identificación subjetiva de las personas. Estas poseen niveles de identidad: un residente en Roma puede definirse, con variados grados de intensidad, como romano, italiano, católico, cristiano, europeo, occidental. La civilización a la que pertenece es el más alto nivel de identificación con el que se identifica intensamente. Las personas pueden redefinir y lo hacen sus identidades, y por consiguiente la composición y los límites de la civilización cambian.

Las civilizaciones pueden abarcar gran número de personas, como ocurre con China, o un número muy pequeño, como los Caribeños Anglófonos. Una civilización puede abarcar varias naciones-estados, como ocurre con las civili-

zaciones occidental e iberoamericana y árabe, o sólo una, como es el caso de la civilización japonesa. Las civilizaciones, evidentemente, se mezclan y se superponen, y pueden incluir subcivilizaciones. La civilización occidental tiene dos variantes principales, la europea y la norteamericana, y la islámica tiene sus subdivisiones árabe, turca y malaya. Sin embargo, las civilizaciones son entidades significativas, y aunque los límites entre ellas rara vez son bien perfilados, sí que son reales. Las civilizaciones son dinámicas: se elevan y hunden; se dividen y fusionan. Y, como sabe cualquier estudiante de historia, las civilizaciones desaparecen y quedan enterradas en las arenas del tiempo.

Los occidentales tienden a considerar las naciones-estados como actores principales de los asuntos mundiales. Sólo lo han sido, sin embargo, durante unos pocos siglos. La historia en sus dimensiones más amplias ha sido la historia de las civilizaciones. En «A Study of History», Arnold Toynbee identificaba veintiuna civilizaciones importantes; sólo 6 de ellas existen en el mundo contemporáneo.

La identidad de civilización será cada vez más importante en el futuro, y el mundo se determinará en gran medida por las interacciones entre 7 u 8 grandes civilizaciones. Son estas las civilizaciones occidental, confuciana, japonesa, islámica, hindú, eslavo-ortodoxa, iberoamericana y posiblemente la africana. Los conflictos más importantes del futuro ocurrirán a lo largo de las líneas de quiebra culturales que separan estas civilizaciones unas de otras.

3. MATIZACIONES A LA TEORÍA DE HUNTINGTON

Estando de acuerdo con el planteamiento general del ensayo, parece en cambio discutible la división de civilizaciones. De las ocho civilizaciones que el profesor Huntington enumera, mu-

chos autores opinan que cuatro no encajan realmente en esta definición.

La civilización de **América Latina** no es sustancialmente diferente de la cultura occidental que le dio origen. Lo mismo se puede decir, aunque de forma más matizada, sobre los **eslavos** de la tradición cristiano-ortodoxa, que por supuesto son diferentes de los católicos y de los protestantes de occidente, pero probablemente no lo suficiente como para ser considerados como miembros de una civilización distinta.

No está tampoco claro que las diferencias entre la cultura **japonesa** y la **confuciana** tengan la suficiente entidad como para justificar la división en dos civilizaciones diferentes. La cultura de los **hindúes** de la India es verdaderamente sui generis, pero el hinduismo no es, y probablemente nunca será, un actor importante en la escena mundial. Y aunque **África** se diferencia culturalmente del resto de las civilizaciones, su irrelevancia geopolítica impide considerarla como un antagonista serio en la eventualidad de un conflicto.

En realidad solamente hay tres competidores importantes en el anunciado conflicto de civilizaciones. El primero es **Occidente**, la cultura Euro-Americana que nació como consecuencia del Renacimiento, la Reforma y la Ilustración, y que es origen del capitalismo moderno y de la democracia.

La segunda es la cultura **confuciana**, el cuerpo de ideas que creció alrededor del lenguaje y de los hábitos de vida pública chinos.

El tercer competidor es el **Islam**. Numerosos intelectuales y geoestrategas consideran al Islam, como el único competidor ideológico serio de Occidente de finales del siglo XX. Al contrario que los confucianos, los latinoamericanos, los eslavos o los japoneses, el Islam proclama ser una idea basada en una certeza trascendente. Esta certeza es la palabra de Dios, revelada al profeta Mohamed en

un desierto de Arabia hace 1400 años, y plasmada fielmente en el Corán.

No hay elemento más poderoso de unión de una civilización. Además, ya sea por las repetidas derrotas que el resto del mundo ha infringido a los musulmanes, o debido a la corrupta incompetencia de la mayoría de sus propios gobiernos, los últimos veinticinco años han contemplado un importante crecimiento del fundamentalismo islámico.

4. EL FUNDAMENTALISMO ISLÁMICO

Gran parte de la confusión en torno a la amenaza del Fundamentalismo Islámico surge de la conjunción de las palabras islam y fundamentalismo, aunque éstas se refieren a dos fenómenos diferentes. Gran parte del Islam no es fundamentalista, y las naciones con mayores poblaciones musulmanas, Indonesia y Turquía, son laicas. Arabia Saudí es más fundamentalista que prácticamente todas las demás sociedades musulmanas, pero es conservadora políticamente y está fuertemente aliada a Occidente en términos militares. El fundamentalismo es un sistema de creencias de muchas religiones, y sobre pasa con mucho los límites del Islam. El mayor grupo fundamentalista del mundo, en términos de cifras, es el fundamentalismo hindú, que, como hemos visto en sus esfuerzos por quemar mezquitas, es fuertemente militante contra el fundamentalismo musulmán dentro de la India. En Estados Unidos, la «derecha religiosa» es intensamente fundamentalista e incluso intentó presentar a un ministro fundamentalista Pat Robertson, a la elección de candidato presidencial del partido republicano.

Hay grupos judíos fundamentalistas, algunos de los cuales, residentes en Israel niegan la legitimidad del Estado Israelí porque fue creado por judíos laicos y no por el Mesías. En Japón hay muchas religiones nuevas, y una de la mayores, el «rissho koseikai», cuyas op-

ciones políticas se basan en creencias éticas, dice tener una afiliación de cinco millones de personas.

El Fundamentalismo es un fenómeno religioso que ha adoptado forma política en la vida moderna. Durante casi 200 años, desde las épocas de Voltaire y Marx, en Occidente se ha asumido que las religiones desaparecerían con el progreso de la ciencia y la creciente racionalización de la economía. La palabra secularización suponía un proceso de evolución social sin retorno. Pero era una idea errónea. Las religiones no han desaparecido, aunque en Occidente estén atenuadas, sino que siguen manifestando la profunda necesidad de creencias y de fe del ser humano.

El Fundamentalismo es una afirmación de creencia en las escrituras originarias de la fe - la Biblia en la cristiandad, el Corán en el Islam - y una reacción cultural contra la modernidad y a favor de la reafirmación de formas tradicionales, particularmente de la familia. Pero donde el fundamentalismo adopta una forma política fuerte también se hace muchas veces intolerante con otras religiones y es antidemocrático.

Aunque los fundamentalistas son a menudo contrarios a la «modernización», su oposición es a las formas culturales, no a la tecnología. La modernidad coetánea está simbolizada por el ordenador y los medios de comunicación electrónicos, pero los grupos fundamentalistas han resultado muy diestros en el dominio de estos medios, y en Estados Unidos, por ejemplo, cuentan con amplias redes tecnológicas. En los casos de guerra, han empleado las armas tecnológicas más avanzadas.

El Islamismo es una religión que se presta al fundamentalismo más intensamente que la mayoría de las religiones porque no distingue entre lo teocrático y lo político, lo económico y lo moral. Todos ellos están entrelazados en un solo principio regido por el Verbo, las escrituras sagradas del Corán. Dado que

los sacerdotes son los encargados de interpretar el Verbo, adquieren también el derecho a convertirse en mandatarios políticos. El mundo moderno en cambio hace una separación entre Iglesia y Estado, considerando la religión como asunto privado, especialmente en la sociedades plurales, donde se mezclan muchas religiones.

El Islam no ha sido nunca totalmente monolítico. Existen grandes divergencias entre sectas religiosas dentro del Islam, y en términos geográficos en cuanto a la adaptación al Islam de las diferentes sociedades. Igual que en el mundo cristiano se distingue entre católicos y protestantes, en el mundo musulmán hay una clara distinción entre los credos, **shii** y **suní**. Los shiíes (con su centro en Irán) creen que el gobierno político debe estar subordinado al religioso, y que la historia marcha hacia la redención con la venida de un imam oculto, un Mahdi (o Mesías, en términos occidentales). Los suníes, la mayoría de los musulmanes, aceptan la religión como base de su vida política, pero insisten en que el Estado tiene la última palabra. Arabia Saudí, aunque es suní, es leal al **wahhabismo**, un sistema legal complejo que pone de relieve la colaboración entre los **ulama**, o eruditos religiosos, y los gobernantes, aunque en Arabia Saudí es el monarca quien tiene la última palabra.

En Oriente próximo, los dos estados políticos más agresivos, Siria e Irán, no tenían base religiosa, sino que eran baatistas, un movimiento ideológico que era declaradamente secularista y socialista. Aunque utilizan el mismo nombre de Baat, los estados encabezados por el general Hafez al-Assad y el general Sadam Hussein, se distanciaron enconadamente en los años ochenta, cuando ambos reclamaron el liderazgo del mundo panárabe.

El sirio Assad es alauita (una minúscula tribu religiosa musulmana), pero los islamitas afirmaron que los alauitas no son ni musulmanes ni Pueblos del Libro (cristianos o judíos), sino infieles e

idólatras, y la Hermandad Musulmana intentó deponer a Assad. Éste tomó represalias, y en 1980 mató a 20.000 seguidores de la Hermandad.

En Irak, Sadam Hussein subió al poder en 1979, y un año después declaró la guerra a Irán con objeto de aplastar a su propia minoría shíi y poder controlar el petróleo iraní. Cuando aquello fracasó, después de ocho años, Sadam atacó a su vecino Kuwait, en 1991, y, en una sorprendente transformación política, se autodenominó defensor del islam y convocó la **yihad**, o guerra santa, contra Occidente, comprometiéndose a crear un Estado que estuviera «inspirado por el islam como misión y como revolución». Eso, empleando un término anterior, se llama **realpolitik**.

El islamismo es uno de los grandes credos religiosos del planeta, con una estimación de 935 millones de creyentes en todo el mundo, menos de una quinta parte de los cuales son árabes. Es la principal religión de gran parte de Asia (excluida China y Japón), y es predominante en Indonesia, Malasia, Pakistán y Bangladesh. Es la fe religiosa de la mayor parte de Asia central -las antiguas repúblicas de la Unión Soviética-. Es dominante en África del norte y en grandes porciones de África central, entre ellas Sudán, Somalia, Senegal y Níger, y existen amplias comunidades en Nigeria y Tanzania. Es dominante en Turquía y el borde meridional del Mediterráneo, incluidas Bulgaria, Bosnia, Macedonia y Azerbaiyán. El «arco de crisis» del fundamentalismo islámico «radical» sigue siendo Oriente Próximo.

5. ARGELIA

El desenlace de la guerra de Argelia es, por supuesto, esencial para escudriñar el futuro de los movimientos islámicos en el norte de África y el Oriente Próximo en las próximas décadas. Las raíces del bloqueo de la situación argelina no se hallan únicamente en el freno del proceso electoral que tuvo lugar en diciembre de 1991, sino tam-

bién, y sobre todo, en la insurrección urbana de 1988. Desde esa fecha, el Ejército está enfrentado a la sociedad. Y ha sido su incapacidad para resolver los problemas sociales, políticos y culturales que en aquella época salieron a la luz lo que ha provocado que la situación sea cada vez más dramática.

Aquella explosión social puso de manifiesto de forma sangrante la necesidad de una transformación del sistema político; hizo indispensable una transición hacia un nuevo régimen fundamentado en unos principios nuevos y basado en nuevos cimientos sociales. Los avatares, los fracasos, el impasse actual del proceso de transición atestiguan la dificultad de ese cambio al que, sin embargo, la historia de los últimos cinco años está implacablemente ligada.

Con el paso del tiempo, los tumultos de 1988, acontecimiento fundador del declive del sistema político instaurado en 1965, muestran una gravedad excepcional. Pero contrariamente a algunas interpretaciones, los participantes en aquellos tumultos más que expresar la exigencia de una democratización política, planteaban, con los hechos y muy claramente, que lo que estaba en el centro del proceso de transición política era la cuestión social. Aquella revuelta, reacción salvaje, plebeya, de la calle contra todas las élites instaladas en el poder, ya fueran militares o civiles, afirmó ante todo el rechazo radical de las mutaciones del sistema social argelino hacia una mayor desigualdad.

¿Sus principales causas?

En primer lugar, la creciente dualización de la sociedad argelina y sus efectos socialmente destructivos: por una lado, una parte de la población integrada en el sistema socioeconómico -grupos dirigentes, fracciones avanzadas de las capas medias, burguesía privada, capas importantes del sector terciario, capas superiores de la clase obrera- y por otro, unas categorías sociales cada vez más numerosas -población periurbana y urbana caí-

da en la indigencia, campesinos desruralizados, jóvenes en paro, fracciones de las capas medias no integradas, nuevo sector terciario- marginadas total o potencialmente del sistema social.

En segundo lugar, el cuestionamiento de las políticas públicas en terrenos tan sensibles como el empleo, la educación, la sanidad, la vivienda, las subvenciones a los productos de primera necesidad. Fue el propio Estado-social argelino el que abrió el camino hacia la ruptura al poner en marcha desde 1984 una política de desregulación del aparato productivo sin proveerse de medios para controlar sus nefastas consecuencias. Es cierto que bajo la presión de la crisis económica internacional, del agotamiento de la oferta de divisas como consecuencia del descenso del precio del petróleo, y, sobre todo, de la devolución de la deuda, lo único que podía hacer el Estado era adaptarse a la reorganización mundial en curso; pero lo hizo de forma brutal y con el más absoluto desprecio hacia las capas pobres, mientras las élites dirigentes aumentaban sus privilegios. El bloque en el poder atravesaba desde hacía años una crisis profunda y, fue sin duda el deseo de evitar una descomposición política total lo que provocó que los militares reaccionaran de una forma tan brutal contra los participantes en la revuelta de 1988.

En realidad, el compromiso político representado por el sistema Chadli había agotado todas sus posibilidades: la progresiva obsolescencia de la vieja burocracia nacional-populista, mucho menos socializante que aferrada a los privilegios que le confería su poder en el Estado-social argelino; el rejuvenecimiento de los mandos intermedios del Ejército; la debilitación (debida al equilibrio de los poderes) del papel de la vieja seguridad militar bumedianista y la marginalización de sus jefes (especialmente de Kasdi Merbah); la emergencia de capas de hombres de negocio próximas a la presidencia; el desarrollo sin freno de la corrupción, tanto en el Estado como en la sociedad, todo ello

hizo que el sistema político fuera extremadamente vulnerable a las sacudidas económicas. Desde la independencia, en 1962, jamás el poder mostró tal impericia frente a los desafíos a los que se vio enfrentado. A pesar de la mundialización de la economía, de la situación de Argelia en el tejido mediterráneo y magrebí, de la drástica disminución de los recursos, el poder asistió en medio de la más irresponsable euforia al fracaso del sistema sin mover un dedo.

Dualización, retraimiento del Estado, crisis del bloque dirigente: éstos son, pues, los principales elementos que provocaron la explosión social y que siguen gravando hoy todavía la transición hacia la democracia. En realidad, la reivindicación democrática surgió tras esa explosión y menos como aspiración profunda de los excluidos que como retórica de posicionamiento de las élites políticas a las que les urgía acabar con el Estado bumedianiano-chadista.

La historia de los cinco últimos años está, por tanto, unida a los problemas planteados por aquella insurrección y aún no resueltos. En este corto período pueden, sin embargo, distinguirse dos fases:

1) Octubre 1988 - enero 1992

En este breve lapso de tiempo, rico en acontecimientos, se enfrentan tres estrategias. Por un lado, la que a través de Chadli emprende el bloque que, aunque descompuesto, continúa en el poder. Su objetivo es acabar con la crisis intentando ampliar la base social y política del régimen en el campo de la burguesía privada, y jugar con el debilitamiento de ciertos sectores de la vieja burocracia populista mediante una alianza con los nuevos actores islamistas, mimados desde hace años por la seguridad militar. Chadli propone una nueva recomposición del poder en torno a un eje que integre tanto a los hombres de negocios como a los musulmanes integristas. En principio, esta fórmula no cuestiona la posición dominante del Ejército en el sistema de poder.

La segunda estrategia se desarrolla bajo la influencia de las capas modernas que gozan de una situación privilegiada y para las que la democratización aparece como la única salida de la crisis. Estas capas, que agrupan una gran parte de la intelligentsia, aprovechan la liberalización política otorgada por el poder a la sociedad tras los tumultos de 1988 para imponer un auténtico momento de libertad intelectual, de debate público, de cuestionamiento de todos los tabúes del período precedente. Varios periódicos de calidad, semanarios y más de medio centenar de partidos políticos ven la luz. En pocas palabras, una auténtica primavera de la crítica.

Pero esas capas son política, cultural y sociológicamente minoritarias en la sociedad. Muy pronto la reivindicación democrática aparece ante los ojos de la gran mayoría como un asunto de las gentes instaladas; el hecho es que en los discursos de las élites no hay ninguna aspiración de tipo social y las capas marginalizadas no pueden reconocerse en ellos ni adherirse a sus valores.

El espacio de libertad conquistado anula, pues, la sorda demanda de protección social y de igualdad de oportunidades para la mayoría que había emergido en 1988.

La tercera estrategia se articula precisamente sobre este espacio social abandonado: los islamistas del FIS se convierten con excepcional maestría en sus portavoces. Su objetivo es simple: hay que debilitar al poder que, mediante maniobras de división, intenta manipular al islamismo, penetrar en profundidad en la sociedad haciéndose cargo de verdad de la miseria de la gente, moralizar la promiscuidad urbana, tejer redes paraestatales de solidaridad, deslegitimar en los hechos todo el sistema. Métodos ya probados en otros lugares: en Egipto, en Sudán, en todo lugar en el que el islamismo se presenta como el movimiento de bases de la sociedad.

Y en esa competición democrática, los islamistas ganan, y lo hacen precisamen-

te porque el problema que plantean en social, no solamente político. El análisis de los resultados electorales -municipales y legislativos- muestra claramente que el FIS supo captar esa fuerza de rechazo popular, esa angustia ante la degradación de las condiciones de vida, ese odio a la corrupción, esa aspiración al reconocimiento social de los jóvenes excluidos. Las cifras de la primera vuelta de las elecciones legislativas son impresionantes: FIS, 47% de los votos y 188 escaños; FNL, 23,38% de los votos y 16 escaños; FFS, 7% de los votos y 25 escaños, con una proyección de aumento en la segunda vuelta; Independientes, 4,4% de los votos y 3 escaños; RCD, 2,90% de los votos; Hamas, 5,35% de los votos; quedan 198 escaños sin asignar pendientes de la segunda vuelta.

Se interpreten como se interpreten - fuerte tasa de abstención y fraude importante a favor del FIS- los resultados son flagrantes: los islamistas ganan ampliamente las primeras elecciones libres.

A pesar de lo rápida y lo superficial de la experiencia democrática, la masa de excluidos y las élites integristas tienen rápidamente conciencia de que pueden tomar legalmente el poder, todo el poder. Y lo que es más: el sistema electoral (uninomial a dos vueltas) elaborado minuciosamente, entre 1989 y 1991, por el FLN en consenso con los islamistas y cuya función era la de favorecer a los partidos más importantes debilitando los más débiles, jugó a favor de los islamistas. El FLN pensaba que llegaría el primero a la meta de la prueba electoral; que podría entonces apoyarse o en los islamistas o en los demócratas modernistas para continuar siendo el centro de la vida política. Pero la sociedad obedece a pulsiones no programables burocráticamente: los islamistas arrastran con toda la banca y en las proyecciones para la segunda vuelta, el FLN se encuentra muy por detrás del ...FFS de Hocine Ait Ahmed!

Para el FLN y para el Chadli el trago es amargo y la alternativa brutal: o aceptar el veredicto de las urnas y aliar-

se con el FIS pasando por sus horcas caudinas, o declarar las elecciones nulas y hacer una segunda edición del golpe de Estado de 1965.

Y esto es lo que ocurrió en diciembre de 1991, tras la anulación del proceso electoral. El Ejército no necesitó mucho tiempo para comprender que la estrategia de Chadli y del FLN les había llevado al borde del abismo. De ahí el epílogo: dimisión forzada de Chadli, arrinconamiento del estado mayor del FLN, prohibición del FIS, freno del proceso de democratización, Estado de sitio, guerra abierta contra los integristas. Y también inicio del infernal ciclo terrorista que tanto integristas como algunas facciones del poder expanden por todo el país.

2) Enero de 1992 ...

Para responder a la deslegitimación del poder creado por el golpe de Estado de 1992, el grupo de interés militar intenta apoyarse en una personalidad, Mohamed Budiaf, cuya aureola de jefe histórico de la revolución argelina, sumada a la probidad y la integridad, son tanto más bienvenidas para los militares cuanto que no dispone de ninguna solidaridad en el seno del sistema político. Budiaf está solo, por tanto presenta el perfil ideal del candidato impotente, juguete en las manos de un Ejército que busca estabilizar la situación mientras llega un hipotético compromiso con las demás fuerzas políticas. La base del acuerdo con Budiaf es muy clara: el Ejército no debe perder su autoridad política y económica sobre la sociedad.

Pero Budiaf es demasiado frágil como para tener éxito. En primer lugar no ha negociado ningún proyecto político como condición a su llegada a la presidencia: por tanto no puede atraerse la clientela social de los islamistas. En segundo lugar, hay sectores importantes del poder, feudos o clientes del régimen precedente, que no aceptan que sus grandes o pequeños negocios se vean perturbados por la retórica moralista de ese Saint-Just envejecido. Con-

secuencia: tras seis meses de magisterio formal, Budiaf es asesinado. Durante ese tiempo, son los integristas los que imponen su ley en la calle.

Siempre en esa lógica de la relegitimación del poder, el Ejército recurre a una nueva maniobra: llama a Ali Kafi, al que se nombra presidente del Alto Comité de Estado, órgano «supremo» de una dictadura que pretende inscribirse en la legitimidad histórica. Pero si Budiaf encarnaba la tragedia argelina, Kafi, es un actor de comedia. Si aquél era un jefe histórico no cuestionado por nadie, éste es un dirigente de la Asociación de Antiguos Combatientes Argelinos. El primero, un exiliado honorable; el segundo, un representante típico de la nomenclatura del FLN aparentemente colocado en ese puesto a falta de otra solución. El Ejército llama también a Belaid Abdesselam. Éste tiene un proyecto económico: quiere reanudar el viejo populismo socializante de Bumedian. Inconveniente: es un proyecto que carece totalmente de realismo, que va a contracorriente de las grandes tendencias mundiales de la economía. Salida, pues, de Abdesselam al cabo de un año escaso.

El fondo del problema sigue siendo el de siempre: ¿Quid de la cuestión social? Como ni Belaid Abdesselam ni su sucesor, Redha Malek, pudieron reorientar de manera significativa la economía porque ni uno ni otro tuvieron un margen suficiente de maniobra con respecto al Ejército, es éste quien, tras la abortada Conferencia Nacional de enero de 1994, asume directamente el poder en la persona del general Liamine Zerual.

La orientación del nuevo jefe de Estado parece más compleja y decidida que la de sus predecesores. Consciente de que en la calle no pueden ganar ni el Ejército ni los integristas, parece ser que busca negociar la institucionalización del FIS. Pero si bien la negociación con el FIS es quizá inevitable e ineludible, la cuestión está en saber en qué condiciones se va a hacer. Hay dos posibilidades. Una de ellas es que el Ejército intente compartir el poder con los

islamistas basándose en importantes concesiones en la gestión de la sociedad a cambio de lo cual los islamistas acepten marginalizar a los grupos más extremistas, poniendo de este modo fin al terrible ciclo de la violencia. Vuelta, en suma, al escenario Chadli de 1991, con un gran derramamiento inútil de sangre entre tanto. Pero nada garantiza que ese compromiso tan minuciosamente elaborado por los dos protagonistas vaya a ser respetado, pues a esta «solución» se llega al precio de la aceptación por parte de los militares de un proyecto de sociedad islámica violentamente rechazado por importantes sectores de la población; por otra parte, el compromiso no se puede realizar más que en detrimento de las fuerzas democráticas que serían excluidas del poder. Y ello conduciría inevitablemente a una victoria total del FIS. Sería como meter al lobo dentro de la majada.

El poder militar puede también elaborar un nuevo consenso que tenga por objetivo la reapertura de la competición electoral la elaboración de un compromiso con las fracciones moderadas del FIS, la integración, finalmente, de las fuerzas democráticas en cualquier alianza con los islamistas. Esta segunda vía, la más difícil, pero también la única eficaz a largo plazo, implica una conmoción institucional y social: supone la puesta en marcha de una reforma legislativa que, reforzando el papel del Estado de derecho, favorezca el pluralismo político gracias a un sistema electoral basado sobre la representación proporcional pura; también implica el agrupamiento de todas las fuerzas de la nación en torno a un gran proyecto social para repartir de forma más equitativa los recursos, aliviar la miseria de los más pobres, reducir las diferencias entre las rentas. En una palabra, para responder a la demanda social.

Pero esta segunda opción exige también la toma de conciencia por parte del Ejército de que su papel en la dirección de los asuntos económicos y políticos del país ha llegado a su fin. Que aun-

que, por el momento, es inevitable que sea un último recurso, a largo plazo debe eclipsarse porque la cuestión social no puede, y no podrá, ser resuelta por los militares. Se resolverá si la población no sólo adquiere el derecho a estar representada libremente a nivel político, sino también si adquiere el poder de autoorganizarse para defender sus intereses sociales en la vida cotidiana y, por tanto, de imponer, incluso al Ejército, una auténtica alternancia política.

A pesar del horror provocado por la matanza de la cárcel de Serkayi, cerca de Argel, en la que han muerto más de cien islamistas, y de que cada día sigue la serie de atentados sangrientos y de actos represivos brutales, empiezan a manifestarse en Argel algunos hechos políticos que indican el impacto causado por la reunión de Roma en enero pasado. El presidente Zerual y su Gobierno tuvieron una primera reacción totalmente negativa, esgrimiendo el argumento absurdo de que, por haberse celebrado en el extranjero, dicha reunión quedaba invalidada.

Pero la respuesta de las fuerzas políticas firmantes del «contrato nacional» aprobado en Roma no se ha demorado: el 28 de febrero sus representantes se han reunido en Argel de manera pública para ratificar su apoyo al documento de Roma y condenar los incidentes ocurridos en la cárcel de Serkayi. El intento del presidente Zerual de poner en duda la representatividad de los grupos reunidos en Roma roza ya el ridículo. Puede decirse de la reunión de 28 personalidades por él escogidas que organizó para hacer gala de que aún cuenta con respaldo social. Varias de las personalidades por él escogidas se apresuraron a afirmar que el diálogo político es indispensable; que en el mismo debe participar el FIS; que la negociación debe abrirse antes de las elecciones - en las que Zerual centra su estrategia-; y, finalmente, que el «contrato nacional» de Roma es una buena base para salir de la crisis con un consenso amplio.

En la reunión de Roma participaron el Frente de Liberación Nacional, el Frente de Fuerzas Socialistas y el Frente Islámico de Salvación, además de otros grupos. El documento que aprobaron ofrece un compromiso histórico para poner fin a la violencia y preparar unas elecciones pluralistas. Que ese texto haya sido reafirmado por la dirección del FIS, incluso por una figura destacada de su línea dura como Ben Hadj, supone una novedad política prometedoras, que podría tener repercusiones incluso fuera de Argelia.

Hace un año predominaba la postura francesa, que considerando que la guerra de la dictadura militar podía ser ganada, no solo rechazaba presionar de cualquier forma al gobierno argelino, sino que lo apoyaba con un importante respaldo financiero procedente del FMI (mil millones de dólares), y del Club de París (reestructuración de la deuda). Esta postura era la continuación del apoyo que el gobierno francés dio al argelino cuando a finales de 1991 canceló la segunda vuelta de las elecciones al percibir la clara victoria del Partido Islamista.

Tres años más tarde, todo parece indicar que la guerra no puede ser ganada, y que ese respaldo fue un claro error. Los rebeldes controlan una parte importante del territorio. Sus hombres infiltran el ejército, y el ejército infiltra a las guerrillas. La promesa islamista que el Ramadán iba a ser un mes sangriento fue cumplida salvajemente: las atrocidades van de el asesinato en masa por medio de coche bomba a la decapitación.

Por eso, Europa y Estados Unidos no pueden resignarse a que la ceguera de Zerual tire por la borda las posibilidades que se han abierto de poner fin a la sangrienta escalada hacia la guerra civil. Deben presionar con energía sobre el presidente argelino y su Gobierno para que entren en la vía de la negociación. Las declaraciones de apoyo al «contrato nacional» aprobado en Roma han sido claras en Washington, Londres, la propia Roma y otras capitales. Todos los países europeos, incluida España, deben adop-

tar un lenguaje absolutamente inequívoco para convencer al Gobierno de Argel de que tiene que abrir una vía de diálogo. A tal efecto parece útil la idea de una conferencia europea, auspiciada por la UE, que exprese el respaldo internacional al acuerdo esbozado en Roma.

6. ZONAS CONFLICTIVAS

Si Argelia cae ahora en manos de los rebeldes islámicos, no tiene necesariamente que haber un efecto dominó a través de todo el Norte de Africa. Los movimientos islámicos en los cinco países entre Casablanca y el Cairo comparten un deseo común de volver a las raíces de su fe, un odio parecido al gobierno bajo el que viven, y un fuerte desacuerdo sobre lo que ellos entienden que es la política occidental. Pero cada uno tiene sus raíces en las circunstancias particulares de su país; y estos países variarían sustancialmente en su trayectoria histórica y en el temperamento de su gente. Un argelino es tan diferente de un egipcio como un prusiano lo es de un provenzal, o un inglés de Yorkshire de un italiano de la Toscana. Por otro lado, no hay todavía una organización revolucionaria internacional dirigida por un Cominter Islámico.

Sin embargo, sería un error el despreciar la teoría del efecto dominó que un colapso del gobierno de Argel tendría en la región. Algunos opinan que si los rebeldes islámicos ganan, el resto de los gobiernos del Norte de Africa se apresuraran a corregirse, a la vez que sus poblaciones retrocederán aterrorizadas al ver lo que ocurriría en Argelia. Esta teoría es excesivamente optimista. Probablemente lo que ocurriría es que los otros gobiernos se volverían más represivos, incitando a sus oponentes a la rebelión armada; por otro lado, el espectáculo de una victoria islámica reforzaría la moral de los rebeldes islámicos en los otros países.

El triunfo del FIS en Argelia podría dar por primera vez a los árabes del Magreb el poder que los revolucionarios iraníes usa-

ron para acelerar un proceso de cambio de insospechada envergadura. Uno de los efectos que analistas árabes y occidentales dan por descontado es un período de inestabilidad en Túnez, donde si bien bajo el régimen de Zine-Al-Abidine Ben-Ali no se pasa por las mismas penurias económicas que los argelinos y donde la oposición islamista es menos virulenta, hay terreno fértil para una rebelión.

En Libia el peligro de un «contagio» islámico es menor ya que prácticamente no existe otra alternativa que el sui generis modelo de tinte islamista diseñado por el mercurial coronel Muammar el Gaddafi.

En Marruecos, el rey Hassan es constitucionalmente el «príncipe de los creyentes». En su país prevalece una monarquía absolutista bajo el manto del pluralismo partidista, aunque de cuestionable valor como válvula de escape. Hassan se las ha arreglado para capear temporales políticos durante tres décadas, pero la suerte de la monarquía de Marruecos puede cambiar si el sucesor de Hassan no demuestra la misma habilidad o fortuna.

Egipto resulta, sin duda, el país que más interrogantes plantea frente al avance de los movimientos islámicos en la región del Mediterráneo oriental. Los extremistas de la Gamaá Islamiya ya han comenzado a emular a sus hermanos argelinos, forzando al Gobierno pro-occidental de Hosni Mubarak a mantener a más de la mitad de sus fuerzas de seguridad en constante estado de alerta.

El régimen de El Cairo, presentado por los extremistas como un lacayo de Estados Unidos e Israel desde la firma del tratado de paz en 1979, vive momentos de extrema presión interna. El desempleo, la corrupción y burocracia faraónicas, junto con la brutal represión de la oposición religiosa, sirven de combustible en una sociedad empobrecida en donde la lamentable realidad económica poco tiene que ofrecer a una población en vertiginoso crecimiento. La guerra entre los islamistas y el Gobierno ya se ha cobrado más de mil vidas.

Dada la ubicación geográfica de Egipto, la idea de un alzamiento «a la argelina», desencadenaría un terremoto político que aterra a Occidente. Los primeros efectos de un sismo de esa naturaleza se sentirían primero en Israel. Acosado por la hostilidad del mundo musulmán, el Estado hebreo se enfrentaría a un cataclismo. Su estrategia de paz sucumbiría ante cualquier cambio radical en Egipto, el pionero de la «apertura árabe» y principal puente con sus vecinos palestinos, amén de discreto interlocutor con Siria y el Líbano.

Sin embargo, la tercera pieza proclive a verse súbitamente bajo el peso de «una fuerte experiencia islámica revolucionaria» después de Argel y Túnez, no sería Egipto, sino Arabia Saudí, donde la monarquía de los Saud está tratando de minimizar el impacto de los sectores cansados de los excesos del trono y de aquiescencia de Riyad a los designios de EE.UU. El impacto de ese «alzamiento popular», sería inmediato en los países del Golfo, con impredecibles consecuencias para el mercado mundial del petróleo. La más reciente expresión del desafío gradual de grupos religiosos en esa zona se está registrando en Bahrain, donde el clero Shií se ha convertido en abanderado de las demandas de restitución del Parlamento disuelto hace 20 años. Sus socios en el Consejo de Cooperación del Golfo, particularmente Kuwait y los Emiratos Árabes Unidos, no dejan pasar una oportunidad para comparar la amenaza que en su día constituyó Irak con la de una insurrección inspirada «desde afuera», el eufemismo que las multimillonarias monarquías del Golfo utilizan para referirse a Irán.

El pacto de paz entre Israel y Jordania ha dotado de nuevos y virulentos argumentos a la activa oposición islámica del reino hachemita, donde el rey Hussein permite la participación de los islamistas en un marco democrático sin par en la región. El debate político en Jordania permitió que los islamistas locales capitanearan el movimiento de solidaridad con Irak durante la guerra

del Golfo que transformó a Hussein en el principal aliado de Bagdad.

Irónicamente, en el **Libano**, donde el Irán revolucionario halló terreno adecuado para exportar la ideología radical de Jomeini, los militantes del Hezbolá (Partido de Dios) no constituyen un reto para la autoridad del Gobierno de Beirut. El movimiento islamista, con representación parlamentaria desde hace tres años, invierte hoy la mayor parte de sus energías en la campaña guerrillera contra la ocupación israelí en el sur del país.

Naturalmente, esto cuenta con el visto bueno de **Siria**, aunque no por simpatías del Gobierno de Damasco hacia cualquier movimiento islamista. Las prédicas que algún día saldrán de la universidad internacional islámica van a tener poco efecto entre los musulmanes de Siria si se mantiene el orden de cosas en ese país. Ningún musulmán de la región olvida que fue el Gobierno de Hafez Assad el que aplastó la rebelión de los integristas suníes que transformó a la ciudad de Hama en cementerio de cerca de 20.000 alzados.

En **Bosnia**, el origen del conflicto no procede del fundamentalismo, sino de los esfuerzos serbios para llevar a cabo una «limpieza étnica» y reducir la población musulmana (que ha sido la mitad de Bosnia) a pequeños enclaves aislados. La renuencia de las naciones europeas a ayudar a Bosnia ha encendido la sospecha en muchos Estados árabes de que el motivo oculto es la resistencia europea a tener un estado musulmán dentro de Europa. Los musulmanes bosnios no son árabes, sino un grupo eslavo convertido al islam hace más de cien años durante la ocupación turca. Sin embargo, el sentimiento de solidaridad con los musulmanes bosnios, aunque silenciado por el momento, podría convertirse en un apasionado grito de unión para los radicales islámicos en los próximos años.

Otra área es **Asia Central**, en su día enteramente perteneciente a la Unión Soviética y hoy independiente. Kazajas-

tán, un país con un territorio casi tan grande como la India, tiene 17 millones de personas, unos recursos naturales enormes, y cientos de armas nucleares instaladas en su día por los soviéticos. Los otros territorios, Tajikistán, Turkmenistán, Kirguizistán, Uzbekistán y Azerbaiján, están más próximos al borde de India, Pakistán, Irán y Turquía. En su día fueron un núcleo comercial decisivo en el gran Camino de la Seda desde China a Europa, y forman una inmensa zona de potencial económico.

Tanto Turquía como Irán compiten actualmente por influir en Asia central, teniendo, por el momento, Turquía mayor influencia. Recientemente, ha convencido a estos países para que adopten el alfabeto occidental romano, en lugar del antiguo cirílico ruso o la escritura árabe. Pero Turquía misma se encuentra bajo presión interior de los fundamentalistas radicales, y en su frontera arde una guerra prolongada y cruel entre la cristiana Armenia y el islámico Azerbaijani por el territorio en disputa de Nagorno-Karabaj, que está ganando Armenia.

7. CONSECUENCIAS EXTERNAS

Si al caer el gobierno de Argelia arrastra a otros países del Norte de Africa, las consecuencias internas serán espectaculares. Los nuevos regímenes tendrán cuentas que arreglar, y sus primeros intentos en la acción de gobierno serán tan desastrosos como los de los revolucionarios de Irán de los primeros años que siguieron a 1979. Pero además habrá consecuencias externas. Sobre estas hay dos teorías, la optimista y la pesimista.

La optimista entiende que el efecto que el terremoto del Norte de Africa tendría sobre Europa, se limitaría solamente a Europa. Habrá muchos refugiados, especialmente dirigidos a Francia, procedentes de su antigua colonia, Argelia. Los refugiados empeorarán la tensión política en los lugares más problemáticos. Sería bastante desagradable,

pero la situación podría controlarse, y eventualmente se calmaría.

La pesimista opina que el desorden dentro de Europa se extenderá con toda seguridad al resto del Mediterráneo. Los europeos querrán limitar el flujo de refugiados, y si la situación empeora, querrán devolver a algunos. Los países recién controlados por los islamistas reaccionarán indignados contra estas medidas, a través de las armas del comercio o del terrorismo. Entrarán en el mercado de los misiles de alcance medio con cabezas químicas o nucleares que estarán a su alcance en los próximos diez años. En la peor hipótesis, una alianza entre un nuevo poder islámico y el renaciente poder de China podría dar lugar a la crisis internacional más grave del siglo XXI.

Parece bastante inocente esperar que un levantamiento tan espectacular al otro lado del Mediterráneo - a una distancia de España similar a la que separa Granada de Sevilla, y no más lejos de suelo italiano que Siena está de Milán - no tendrá repercusiones exteriores. Una victoria islamista en Argelia por lo menos retrasará el restablecimiento de relaciones fluidas entre musulmanes y occidentales.

Antes o después este restablecimiento deber ser intentado. Requiere una nueva mentalidad por ambos lados. Occidente debe replantearse algunos de sus presupuestos. Los islamistas radicales también deberán hacer un serio auto-cuestionamiento de sus posturas.

¿ LA DEMOCRATIZACIÓN DEL ISLAM

El mayor obstáculo a la capacidad del Islam de conceder a sus ciudadanos las ventajas del mundo moderno es el déficit democrático. De los treinta y nueve países que podríamos considerar dentro del islam, sólo siete pueden ser considerados democracias.

En primer lugar esta Turquía, en donde el hábito de elecciones abiertas parece haber sobrevivido tres intentos de

golpes de estado desde 1960 a 1980. Malasia, gobernada por una resistente coalición de malayos y de chinos, que aunque es bastante dura con la oposición islámica, sigue siendo fiel a la práctica de elecciones plurales.

Aparte de estos países se espera que Pakistán y Bangladesh, ahora en una situación parecida a la de Turquía en los años 60, puedan evolucionar suavemente hacia la situación de la Turquía actual. La democracia nacida en el Líbano después de su guerra civil esta todavía por consolidar. El permiso concedido para que la oposición islámica pueda opinar en el parlamento de Jordania solo puede ser considerada como una democracia embrionaria. Los otros treinta y dos países son desgraciadamente, en mayor o menor medida, autoritarios.

Hay varias explicaciones al déficit democrático del islam. Cuando Europa y Norte América empezaron su largo camino hacia la democracia hace 200 años, la mayor parte del islam fue absorbido por los imperios europeos del siglo XIX.

Cuando se independizaron, algunos después de 1918 y el resto después de 1945, pasaron a las manos de hombres que pensaban que la construcción de la nación era más importante que la libertad política. La mayoría de los políticos musulmanes de los últimos tiempos han sido nacionalistas, demagogos semi-marxistas o simplemente corruptos dedicados a enriquecerse. La democracia no se construye con estos gobernantes. El retraso económico de la mayoría de los países musulmanes ha sido otro obstáculo.

Todo esto es verdad, pero no contesta realmente a la pregunta de por que la democracia ha tenido tantas dificultades para implantarse en estos países. El argumento presentado por los intelectuales musulmanes tampoco es muy convincente. Ellos plantean que el Corán proporciona su propia maquinaria para descubrir la voluntad popular, y que esta maquinaria empezará a funcionar eficazmente una vez que los desafortuna-

dos inconvenientes de los últimos dos siglos hayan desaparecido.

Afirman por ejemplo, que los musulmanes tienen un equivalente de democracia en el concepto de *shura*, o «consulta». El gobierno está obligado a consultar a los ciudadanos sobre las políticas a seguir. En realidad, el Corán solamente contiene dos textos dedicados a la *shura*. «Los hombres que dirijan sus asuntos a través de la consulta mutua recibirán la bendición de Dios». Esta afirmación es una buena aproximación, aunque menos contundente que el ideal occidental que postula que los gobiernos existen para servir a la voluntad del pueblo.

¿Pero qué significa exactamente consulta? «Consultáales en la dirección de los asuntos. Después, cuando hayas tomado una decisión, pon tu confianza en Dios» es la explicación dada por el Corán dada en el capítulo 3 verso 159. Este es el tipo de consulta practicada por un barón medieval o por un moderno comandante del ejército. Pregunta a los otros su opinión, y después decide él solo. Los demócratas no encontrarán demasiado respaldo en el concepto de *shura*.

El concepto de *ijma* tampoco es excesivamente democrático. *Ijma* significa consenso. Parece ser que Mohamed afirmó que «la comunidad de Dios nunca podrá equivocarse». Si la comunidad decide que algo es correcto, entonces debe hacerse. Esto parece bastante democrático. El problema es que *ijma* fue secuestrado hace siglos por los eruditos, hombres cultos que hablan un perfecto árabe clásico y que conocen el Corán al detalle.

Son los eruditos los que reclaman el derecho a proclamar, sobre la mayoría de los asuntos, lo que la comunidad piensa. El resto de la comunidad no se ha atrevido a oponerse a ellos. Aquí está la esencia del problema. Como afirmaba un académico musulmán, «la cristiandad es una religión de amor. El Islam es una religión de reglas».

Para los no musulmanes, el Corán es una espléndida mezcla de poesía, exhor-

tación y dirección, todo ello un plasmado en un manuscrito del siglo VII. Para los musulmanes - especialmente los musulmanes radicales actuales - es definitivamente la palabra de Dios. La palabra de Dios a menudo necesita explicación. Hasta ahora la explicación procede de un reducido grupo de hombres que están seguros de ser competentes para ello. Islam todavía vive en la época de los oligarcas, porque todavía cree en la certeza. La democracia nació de la renuncia a la certeza, o por lo menos de la renuncia a la idea de que un hombre podría imponer su certeza sobre otro hombre. La democracia es la criatura de la reforma protestante, ese enorme cambio dentro del mundo cristiano que empezó a principios de siglo XVI. La reforma declaraba que cada individuo era responsable ante Dios por la forma que vivía su vida. Los sacerdotes podían decir lo que ellos pensaban que Dios quería, pero al final era el individuo el que decidía.

Tres siglos fueron necesarios para que este cambio de mentalidad afectara al campo de la política, pero cuando finalmente lo consiguió, el resultado fue revolucionario. Los reyes y los oligarcas tuvieron que ceder en su pretensión de decidir lo mejor para los gobernados.

A partir de ahora cada ciudadano decidiría por sí mismo. Cada hombre y cada mujer tendrían la misma voz a la hora de formar la voluntad popular. Eso es democracia; y la democracia, consolidada en primer lugar en Estados Unidos y Europa Occidental, no ha encontrado ningún desafío intelectual serio en ninguna parte del mundo, desde la muerte de la pretensión marxista a la certeza.

Excepto quizás en el Islam. El Corán tiene una o dos afirmaciones sobre la primacía de la responsabilidad individual: «nadie debe ser obligado a soportar la carga de otro». Pero esto no encaja exactamente con el concepto occidental de responsabilidad. La visión predominante del Corán es determinista. Dios decide, el hombre acepta. Islam, después de todo significa «sumisión».

Parece conveniente una evolución democrática de estos países, no solo en beneficio de sus ciudadanos, sino también para mejorar las posibilidades de que Islam y Occidente vivan en paz. Un importante freno a esta evolución es el poder de los eruditos, esa oligarquía de hombres instruidos que pretenden detentar el derecho a descifrar la voluntad de Dios. Estos hombres presentan cierta similitud con los fariseos del nuevo Testamento. Agradecen al Señor que no son como los otros hombres. Les gusta anunciar su propia certeza, y después esperar que todo el mundo la acepte.

El instrumento más importante de los académicos es la *ijtihad*, que significa interpretación o juicio independiente. Puede que el Corán sea la voz de Dios, pero solamente 80 de sus 6.000 versos establecen reglas de derecho público, y sólo una minoría de esos 80 presentan una aplicación obvia en el mundo actual.

La interpretación es esencial. Desafortunadamente, la mayoría de los musulmanes están dispuestos a dejar la interpretación a un pequeño grupo de autoelegidos expertos, y a creer que solamente su juicio es verdaderamente independiente. Para cambiar esta situación es imprescindible que se acepte que cada ser humano adulto posee capacidad de juicio independiente, y que debería poder usarlo. La responsabilidad de individuo debe ser puesta en su justo lugar: cada hombre debe verdaderamente soportar su propia carga. Este cambio de mentalidad requerirá tiempo. Pero ya hay un buen número de musulmanes que están empezando a defender la apertura de los procesos de pensamiento del Islam.

En definitiva, para poder evolucionar hacia la democracia, el Islam necesita una importante reforma.

Paradójicamente, el renacimiento islámico presenta muchas similitudes con la reforma protestante. Contra más se contempla el Islam del siglo XV, que en su cronología empezó hace solo unos años, más se asemeja con el siglo XV cristiano, el periodo inmediatamente an-

terior a la reforma. Evidentemente la Historia no discurre a través de la imitación cíclica de épocas en circunstancias espacio-temporales diferentes; sin embargo se dan suficientes similitudes como para sentirse optimista:

- a) Un desencanto ante la religión y el orden político de la época. La gran ola de descontento anterior a la Reforma se dirigía fundamentalmente contra la corrupción de la Iglesia de la época, pero también tenía un objetivo político. El descontento islamista se dirige primordialmente contra políticos corruptos que carecen de nuevas ideas, pero también tiene un objetivo religioso. La estructura de la religión musulmana se vuelve rígida y anquilosada, y la mayoría respalda a políticos corruptos.
- b) Un sentimiento de desesperación. En la Europa del siglo XV, este sentimiento fue en parte originado por la Peste Negra, que había devastado a un tercio de la población, y en parte por la desintegración de la Iglesia Católica, que en ese momento tenía dos papas rivales, uno en Roma y el otro en Avignon. En el Islam de su propio siglo XV, las causas son diferentes y proceden en su mayoría del exterior: una larga historia de derrotas y de humillación y una creciente sensación de aislamiento en la escena internacional.
- c) Un profundo deseo de volver a las raíces de la fe, a través de una atenta lectura de los principales textos de la religión.
- d) Un fuerte impulso del exterior. Aquí el paralelismo es muy interesante. Jørgen Nielsen, el director del centro para las relaciones entre Islam y la Cristiandad en Birmingham, afirma que la Reforma fue impulsada por dos acontecimientos externos a Europa.

El primero fue precisamente la interacción de Europa con el imperio árabe, lo que puso a Occidente en contacto con sus raíces intelectuales de la Grecia clásica.

sica, y le supuso importantes aportaciones árabes en el campo de la ciencia o el arte. Todo esto ayudó a iniciar el Renacimiento, etapa que ayudó a su vez a iniciar la Reforma. El segundo estímulo exterior fue el descubrimiento de América en 1492, y la importación subsiguiente de oro y plata que tras causar una cierta desestabilización de la economía europea, dio lugar a una fuerte prosperidad.

Los dos estímulos encuentran su paralelismo en el Islam actual. El oro y la plata encuentran su equivalente en el petróleo. Las compras masivas de petróleo por parte del mundo desarrollado, han desestabilizado la mayor parte de las economías del Islam, para luego proporcionarles una gran fuente de riqueza. En cuanto a la influencia cultural del imperio árabe en Europa, se da la ironía del flujo simétrico tecnológico y cultural de Occidente hacia el Islam, en nuestros días.

Es en este punto en el que conviene volver la vista atrás hacia Argelia y el potencial conflicto en el Mediterráneo. Si la evolución de la situación empeora sustancialmente en el Norte de África, la esperanza de establecer unas relaciones más comprensivas y relajadas entre Islam y occidente deberá postponerse durante años, quizás décadas. Pero si lo peor puede ser evitado, las perspectivas de conseguir una distensión en la interacción de ambas civilizaciones mejoran sustancialmente.

Hay muchas posibilidades de que el tan esperado cambio dentro del Islam procederá de los islamistas más moderados, más que de los generales y de los políticos de segundo clase que todavía controlan la mayoría de estos países.

9. LA APERTURA DE OCCIDENTE

Para mejorar la interacción entre estas dos civilizaciones no sólo es necesaria la democratización del Islam, sino que también es importante una doble contribución de Occidente.

En primer lugar, Occidente debe replantearse lo que desea conseguir en sus relaciones con Islam. En segundo lugar, debe intentar ampliar su visión de la vida, para reforzar la plataforma común de ideas sobre la que ambas civilizaciones descansan.

En cuanto al primer punto, el replanteamiento de la política exterior de occidente debe partir de la constatación de que Islam está a punto de entrar en un período de fuerte inestabilidad política. Demasiados países musulmanes son autoritarios, y gran parte de ellos tienen gobiernos que combinan la falta de popularidad y de eficacia, con la insuficiente autoridad en los países que se suponen deben gobernar. Este status quo no puede durar. Desgraciadamente, el status quo conviene a Occidente, especialmente en el Islam Occidental, la región situada entre el golfo y el Atlántico. Europa y América han consolidado un buen entendimiento con los gobiernos de esta región en temas de petróleo y de seguridad, y no tienen intención de ponerlo en peligro en el futuro.

Cuando este status quo finalice, se producirán fuertes tensiones y conflictos. Cuando estos pongan en peligro intereses occidentales esenciales - tales como un mercado libre de petróleo, tráfico marítimo y aéreo seguro, la seguridad de los aliados - Occidente debe estar dispuesta a defender esos intereses. Contra más decidida a defenderlos sea percibida por sus potenciales enemigos, menos probable será que se vea obligada a utilizar de verdad la fuerza de las armas. Pero Occidente debe entender que estas escaramuzas son tan sólo las dificultades normales en una época de transición; y que el objetivo, una vez que la transición haya terminado debería ser una relación más fácil con un Islam modernizado.

La segunda contribución Occidental nace de la probabilidad de que esta mejora de la relación ocurra antes si Occidente puede desencadenar un cambio interno. Islam no debería ser considerada como la civilización descolgada del

siglo XX. Por el contrario, puede aportar conceptos que incentiven a Occidente a redescubrir ideal similares procedentes de su propio pasado. Para los musulmanes por ejemplo, el mercado libre no es un mercado que pueda o deba operar libre de cualquier restricción. Debe vivir sometido a ciertas reglas no económicas. Precisamente una parte del pensamiento más actual de Occidente tiende a estar de acuerdo con esta idea.

Cada vez es más común afirmar que la gran idea que derrotó al Comunismo y ganó la guerra fría - la democracia de libre mercado - no fue en realidad una sola idea indivisible. Fue una coalición entre dos ideas que se mantuvieron juntas gracias a la disciplina impuesta por la guerra fría, pero que al finalizar esta han quedado liberadas para reiniciar su permanente tensión dialéctica.

Las dos ideas aceptan que el esfuerzo y el juicio individual son el punto de partida necesario para cualquier proyecto humano. Pero a partir de ahí divergen. Una prefiere limitar al mínimo las restricciones a la energía individual para así maximizar la eficacia. A la otra le gustaría que todo el mundo aceptase un conjunto de reglas dentro de las cuales las energías individuales deben operar, para así incentivar a la gente a la solidaridad. Esta idea coincide con la visión económica del islam, de la que la nueva izquierda occidental podría aprender.

Desde este punto de vista, la vida a final del siglo XX en Occidente parece cada vez más atomizada. En el trabajo, las nuevas tecnologías significan que mucha gente utiliza la mayor parte de su tiempo funcionando como individuos en vez de como miembros de un equipo. En el hogar, una proporción creciente de las nuevas formas de entretenimiento son realizadas de forma individual, a menudo en un entorno físico aislado, como en el caso de la realidad virtual, los ordenadores o los walkman.

Los efectos de la atomización del trabajo y del entretenimiento son magnifi-

cados por la ruptura de la familia -el 40% de las casas en los Estados Unidos están habitadas por un individuo o por familias encabezadas por un sólo padre- y por el traslado demográfico de la población rural a las grandes ciudades. Las nuevas teorías sobre la eficacia adicional proporcionadas por una mayor movilidad laboral, puede llegar a reducir aún más el sentimiento de compañía que procede de trabajar con la misma gente durante un largo periodo de tiempo.

El precio de la atomización es pagado de una u otra forma por casi todo el mundo. A medida que pasa el tiempo la gente puede ajustarse gradualmente a estas formas más individualizadas de hacer y gastar dinero; pero muchos no se han adaptado todavía. Todo esto afecta claramente a las relaciones interpersonales al disminuir el sentido de pertenencia.

En un sentido estrictamente material, la vida para la mayoría de la gente en Occidente se ha vuelto bastante más agradable que hace un siglo, cuando sus ascendientes eran trabajadores de fábrica y obreros en el campo. Pero ahora esta nueva clase media esta empezando a sospechar que en los últimos años su vida se ha vuelto de repente más brutal y peligrosa.

Por todo ello se está empezando a afirmar que Occidente debe empezar a poner la iniciativa individual, la necesaria fuerza de progreso, dentro de un orden moral. Esta fuerza moral puede ser una religión, que requiera la creencia en un Dios, o puede ser tan solo un consenso puramente secular sobre lo que es aceptable y lo que no lo es. En cualquier caso, requerirá el consentimiento de aquellos que vivan bajo él. Esta nueva ordenación moral parece cada vez más esencial. De otra forma, los libros de historia registrarán que la gente de Occidente se dio cuenta en el siglo XXI que la búsqueda de la eficiencia no era exactamente igual que el logro de la felicidad. Occidente se encontró viviendo en una máquina terriblemente eficaz, pero que sin embargo carecía de visión o de destino.

La reforma liberó el gran impulso de individualismo que creó el occidente moderno, incluyendo lo que ahora llamamos capitalismo y democracia. Pero durante los primeros dos siglos posteriores a la reforma, este nuevo dinamismo del individualismo operó dentro de un cuerpo generalmente aceptado de disciplina cristiana. En el siglo XVIII, la era de la ilustración, esta disciplina empezó a desmoronarse. El hombre empezó a pensar que la mente humana era capaz de contestar a cualquier pregunta. La humanidad era autosuficiente. La edad de la certeza científica había empezado, incluyendo la errónea pretensión de Marx en el siglo XIX de haber descubierto la certeza científica en la política.

En el momento actual, el colapso de la pretensión marxista a la certeza ha dejado el impulso de la energía individual sin una guía moral en temas de política y economía. El objetivo del nuevo radicalismo político, según la nueva izquierda, es reinventar un orden moral.

Esta idea puede ser un punto de aproximación al Islam. El elemento distintivo del islam es su creencia en la trascendencia de los actos que cada hombre realiza en su vida diaria. Occidente mantenía el mismo tipo de creencias hasta no hace mucho; pero en algún momento durante este siglo, la mayoría de la gente en Europa, y algunos en América han dejado de establecer la conexión entre la vida ordinaria y lo trascendente.

Si Occidente consigue restablecer esta conexión, puede mejorar su capacidad de resolver sus propios problemas. Además habrá reducido la distancia entre sus naciones y los 1.200 millones de musulmanes. Si esto ocurriera los historiadores del futuro escribirían como en primer lugar el contacto con los musulmanes ayudó a Occidente a dar el gran salto adelante desde la Edad Media; en segundo lugar, que la influencia Occidental 500 años más tarde ayudó a Islam a modernizarse; y que finalmente el Islam recordó a Occidente la plataforma común de ideas sobre la que ambas civilizaciones descansan.

BIBLIOGRAFIA

Balta, Paul, Director del Centro de Estudios Contemporáneos de Oriente de la Universidad Nueva Sorbona, París. «Le retour a la loi islamique». 1987.

Bell, Daniel, Catedrático Emérito de Sociología de la Universidad de Harvard. «The Islamic Fundamentalism». Harvard University Press, 1994.

Beedham, Brian, Asesor de «The Economist Intelligence Unit» (EIU). "Islam and the West". The Economist, 1994.

Huntington, Samuel, Director del Instituto Olin de Estudios Estratégicos de la Universidad de Harvard. «The Clash of Civilisations». Foreign Affairs, 1993.

Karlsson, Ingmar, Director de Planificación Política en el Ministerio de Asuntos Exteriores de Suecia. Política Exterior, Agosto/Septiembre 1994.

Kepel, Gilles, Escritor. «Les Banlieus de l'Islam», 1987.

Kirkpatrick, Jeane. "El Imperativo de Modernización". Foreign Affairs, September/October 1.993.

Lamchichi, Abderrahim, Profesor de Relaciones Internacionales de la Universidad Nueva Sorbona, París. "Islam et contestation au Maghreb", 1.989.

Ojeda, Jaime de. Embajador de España en Washington. "¿Guerra de las civilizaciones?. Crítica a la tesis de Huntington. Política Exterior, 1.994/1.995.

Tahar Ben Jelloun, Escritor marroquí. "Argelia, el escenario norteamericano", 1.995.

	POBLACIÓN		PNB POR PERSONA	
	1992 m	1985-92 Promedio % aumento	1992 \$	1985-92 Promedio % Cambios
INDONESIA	184.3	1.8	670	4.7
PAQUISTÁN	119.3	3.1	410	1.7
BANGLADESH	112.8	2.2	220	1.7
TURQUÍA	58.5	2.2	1,950	2.7
IRÁN	59.8	3.7	2,190	-1.4
EGIPTO	54.8	2.4	630	0.8
SUDÁN	26.6	2.8	125 EST	2.6
ARGELIA	26.4	2.7	1,830	-2.0
MARRUECOS	26.3	2.5	1,040	1.3
AFGANISTÁN	21.6	2.5	675	-3.8
IRAK	19.2	3.3	1,000 est	na
MALASIA	18.6	2.5	2,790	5.7
ARABIA SAUDI	15.9	3.5	7,940	1.3
YEMEN	13.1	4.4	400	na
SIRIA	13.0	3.3	1,170 (1991)	0.0
MALI	9.0	2.8	300	-1.9
TÚNEZ	8.4	2.0	1,740	2.1
SOMALIA	8.3	3.1	120 (1990)	-1.2
NIGERIA	8.2	3.2	300	-1.5
SENEGAL	7.8	3.0	780	0.3
GUINEA	6.0	2.8	510	0.8
LIBIA	4.9	3.6	5,100	-2.8
JORDANIA	3.9	5.8	1,120	-7.0
LÍBANO	3.8	5.8	1,120	-7.0
MAURITANIA	2.1	2.7	530	-0.1
UAE	1.7	3.1	22,220	0.0
OMAN	1.6	3.8	6,490	1.0
KUWAIT	1.4	-2.3	15,500	na

* Todos los países con más del 50 % de la población musulmana, excluyendo las ex-repúblicas soviéticas de Azerbaijan, Kazakstan, Kirgizstan, Tujkistan, Turkmenistan, Uzbekistan y países con menos de un millón de población: Bahrain, Brunei, Gambia, Maldivas y Qatar